

documento que por principio o por su uso resulta insuficiente para penetrar en las formas menos evidentes del intercambio social. Pero más que todo ello, la bibliografía citada. No sólo por su casi completa limitación a las fuentes historiográficas más tradicionales (las academias civiles y eclesiásticas) sino por la inclusión de textos tan dudosos como la *enciclopedia para todos Monitor* y otros por el estilo. Lo necesario, en todo caso, y esto es lo verdaderamente importante, es dejar en claro que este libro, que trata un problema histórico fundamental, deja de lado, con todo el olimpismo necesario, lo que la moderna investigación histórica ha propuesto en Colombia en los últimos quince años como análisis de la sociedad colonial, de manera notable en los campos de la historia económica y demográfica (ahora tan vilipendiadas). Si bien el libro tiene como base dos artículos de 1973, una "revisión, ampliación y actualización" hubiera exigido la lectura e incorporación de los resultados pertinentes de los tres o cuatro libros esenciales que sobre el curso de la sociedad colonial existen. Porque ahí hay novedades.

RENÁN SILVA OLARTE

Una visión histórica regional

El proceso colonial en el alto Orinoco-río Negro (siglos XVI a XVIII)

Mariano Useche Losada

Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1987, 208 págs.

La perspectiva regional se ha constituido, sin lugar a dudas, en inquietud principal de las investigaciones planteadas y adelantadas actualmente por las ciencias sociales. Siguiendo esta tendencia, encaminada a establecer posibles diferencias espacio-tem-

porales, fase obligada en último término para sustentar con suficientes elementos de juicio la validez de cualquier hipótesis de carácter general, se articula el excelente trabajo de Mariano Useche titulado *El proceso colonial en el alto Orinoco-río Negro (siglos XVI a XVIII)*. El estar estructurada la obra en capítulos cortos —demasiados tal vez—, manteniendo un orden temático y cronológico, permite un acercamiento claro a la problemática planteada, la cual gira alrededor de la expansión del Estado colonial español en la región, a través de sus imbricaciones sociales, políticas y económicas, y su efecto correspondiente sobre los grupos indígenas de la zona.



Este análisis global, circunscrito a la comarca comprendida entre la desembocadura del Meta en el río Orinoco y la del Casiquiare en el río Negro, y puntos adyacentes en sentido latitudinal y longitudinal —delimitación que conlleva una primera superación metodológica, dadas las dificultades que entraña en términos de operatividad histórica, el proponer una regionalización fraguada en sus componentes sociopolíticos concretos hasta el siglo XVIII—, enriquece en forma sobresaliente el conocimiento histórico, etnohistórico y etnográfico de la Orinoquia en su fachada oriental, complementando así investigaciones colaterales recientes, tales como la efectuada por la historiadora estadounidense Jane Raush¹. Al resultar demasiado dispendioso

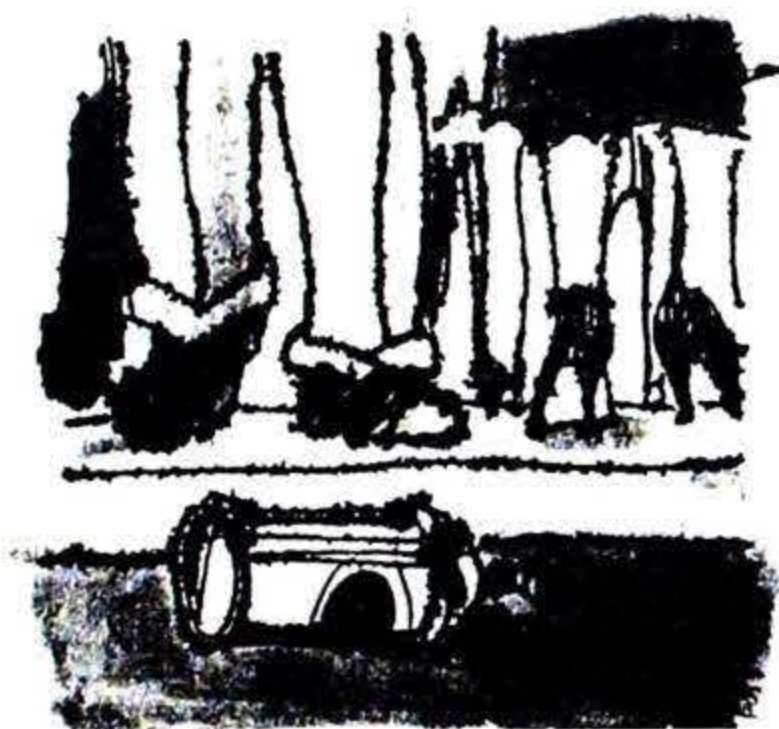
entrar a detallar, en esta reseña, cada uno de los capítulos del libro en cuestión, máxime si se considera el volumen de información aportado, nos permitimos hacer resaltar solamente algunos aspectos, que por su importancia, inscrita en el marco teórico seguido por Useche y según nuestro criterio, pueden ser considerados como relevantes desde un punto de vista histórico o historiográfico.

Hacemos referencia al concepto de 'frontera' y su aplicabilidad específica, a la actividad misional como parte fundamental de la presencia del Estado español en las zonas consideradas como "subperiféricas", a las repercusiones de la política esclavista sobre la demografía de los grupos nativos y la incidencia sociocultural de este mismo actuar, y finalmente a la geopolítica regional, producto en gran medida de tensiones de mayor amplitud. Aunque cada uno de estos componentes estructurales no son tratados en profundidad por el autor —no es un objetivo específico de la investigación—, su sola mención y, en ocasiones, su manejo más o menos extenso tienen el mérito de plantear la posibilidad de estudios complementarios posteriores, que permitan obtener una visión más amplia y fundamentada del devenir histórico de la zona.

Obedeciendo a la propuesta anterior, habría que considerar, en primer lugar, la evolución social, económica y política de la región alto Orinoco-río Negro (AORN), a partir de los términos y características propios de la "zona de frontera" en que se constituirá a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Si bien el autor presenta un desarrollo general ligado básicamente al establecimiento de una "frontera de conquista", y ya al finalizar el siglo XVIII a una posible "frontera de colonización" —se apoya para ello en la ausencia de un proyecto colonial temprano—, se podría precisar aun más la aplicación del concepto 'frontera', atendiendo a una subdivisión basada en las causas

¹ J. Raush, *A tropical plains frontier. The Llanos of Colombia, 1531-1831*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1983.

de su aparición y en la economía y sociedad originadas por tal fenómeno y su respectiva evolución. Si se aceptan las definiciones: "frontera es un espacio abierto, extenso y a veces inmenso, vacío o escasamente poblado que invita a penetrar y no a detenerse" ², y "no es una línea o un límite o un proceso unilateral o unilineal, solo se puede hablar de frontera como una zona de complejas experiencias, transacciones y mutaciones" ³, lo cual implica, en nuestro caso, una zona geográfica determinada, distinguida por la interacción de sociedades diferentes, se deben tener en cuenta las múltiples posibilidades que resultarían de la combinación de dichos elementos.



De allí que, de acuerdo con lo expuesto por Mariano Useche en su bien documentado estudio, debería aparecer complementada esa "frontera de conquista y de colonización" por una "frontera militar" —véase, por ejemplo, lo referente al presidio de Carichana—, en íntima relación con una "frontera misional" —bajo la acción principal de los jesuitas—, y en forma anexa por algunos elementos, que en alguna medida podrían haber constituido una "frontera agrícola y ganadería" ⁴. De donde resulta que un modelo de "frontera" no se da en estado puro, sino que, por el contrario, se mezcla o sucede con una serie de variantes, de acuerdo con las condiciones impuestas por la misma evolución histórica. Hace falta analizar, refiriéndonos al AORN, hasta dónde se ha producido un resultado final, cifrado en el supuesto hecho histórico y transitorio constituido por toda "frontera". Respecto a la actividad misional, en una etapa que

hemos considerado como fundamental y que finaliza en 1767, hay que tener en cuenta la controvertida labor de la Compañía de Jesús. No propiamente por el éxito de su gestión religiosa, ya que, como bien lo demuestra Useche, se dio en los grupos indígenas una inadaptabilidad manifiesta a los marcos sociopolíticos de las aldeas misioneras, aunada a los desatinos de la política colonial española en la región, lo cual impidió la completa realización de los objetivos correspondientes, sino por la proyección que el autor otorga al supuesto plan panorinoquense concebido por dicha orden religiosa. Este habría tenido como finalidad unir las misiones amazónicas (Maynas) con las tierras de la Guayana y los Llanos del Orinoco, teniendo como eje principal de apoyo las doctrinas del Meta y Casanare en unión de las que se debían erigir en la misma Guayana.

Tal proyecto se vería entorpecido, en el siglo XVIII, por los intereses franco-holandeses, empeñados en mantener su alianza con los caribes —como forma de presión contra la presencia española—, amenazados en el alto Orinoco, puesto que la expansión jesuita implicaba el taponamiento de la Guayana meridional, lugar en donde se localizaba una importante población de dicha etnia; y finiquitado en el siglo XVIII por los decretos de Carlos III. Precisamente cuando se empezaba a ejecutar un plan concreto de colonización, con el fin de incorporar debidamente al programa civilizador hispano a los diferentes grupos indígenas de la región. Acompañado lo anterior, naturalmente, dentro de una concepción de frontera de colonización, de un poblamiento dirigido y de una relativa activación económica.

Relevados sucesivamente los jesuitas por los capuchinos andaluces —hasta 1771— y por los franciscanos —hasta bien entrado el siglo XIX—, la labor misional, a lo largo del siglo XVIII, aparece más como producto de las renovadas perspectivas geopolíticas del Estado español que como afán meramente evangelizador. ¿Perseguían algo más los jesuitas, que adelantar un simple programa de expansión territorial, buscando la

continuidad física de los territorios a ellos encomendados, con el fin de obtener ventajas logísticas y misionales? Creemos que el interrogante, relacionado con la intensa polémica suscitada alrededor de la actuación de los seguidores de Ignacio de Loyola en sus reducciones —querer conformar un Estado dentro del Estado— sigue formando parte del debate histórico.

En cuanto a la política esclavista, como parte constitutiva del proceso colonial puesto en marcha en el AORN, incidió a su vez negativamente sobre la curva demográfica indígena, alterando de paso el equilibrio sociocultural de las etnias locales. A pesar de que los límites impuestos por las fuentes —hecho destacado por el autor— impiden un acercamiento cuantitativo más o menos exacto a las proporciones reales de la trata, la información suministrada por Useche permite apreciar la magnitud de dicho tráfico y, consecuentemente, observar las repercusiones de tipo socioespacial que tal actuar trajo consigo.

Si bien la práctica de la esclavitud era una costumbre prehispánica generalmente extendida entre los aborígenes americanos, españoles, portugueses y holandeses, apoyados en formas como el *rescate* y la *guerra justa* —sustentadas por imperativos económicos— trastocaron su carácter cultural llevándola a las conocidas dimensiones de explotación y masificación.

Así, el quiebre sociocultural y el efecto demográfico, que por otra parte también experimentó, bajo términos diferentes, el África subsahariana a través de la trata negrera ⁵, aparecen caracterizados, en la obra descrita, por la reubicación espacial

² G. Céspedes del Castillo, *América Hispánica 1492-1898*, Madrid, Editorial Labor, 1985, pág. 40

³ R. Morse, *The bandeirantes: Historical Role of the Brazilian Pathfinders*, Nueva York, 1965, pág. 30. Citado por J. Raush, *op. cit.*, pág. XIV.

⁴ J. Raush, *op. cit.*, pág. XIV.



de diferentes grupos etnoculturales, por la exacerbación de los conflictos intertribales y por el manejo de las mismas hostilidades en beneficio propio y contra los intereses de las potencias enemigas empeñadas en la región, con el desgaste social inherente a tales movimientos.

Debido a que el autor no hace referencia alguna al *baquiano*, uno de los tipos sociales de mayor importancia histórica en las zonas de frontera, nos permitimos hacerlo en este aparte, con el objeto de hacer resaltar la estrecha relación que seguramente tuvo —al igual que en toda la frontera del Caribe— con la expansión de los diferentes frentes de colonización y con las *cabalgadas*, aquellas operaciones cuasimilitares encaminadas, entre otras cosas, a la obtención de esclavos.

En último término, de acuerdo con el desarrollo propuesto inicialmente, tenemos que abordar las relaciones geopolíticas que se dieron en la zona. A este respecto, basta señalar a grandes rasgos, por razones de espacio mas no de importancia, el acertado análisis de Useche acerca de las disputas planteadas entre España y las demás potencias coloniales europeas —Inglaterra, Holanda y Francia—, lentamente afincadas en el litoral caribe desde el siglo XVI, las diferentes estrategias políticas y económicas, como proyecto general de colonización, puestas en práctica por las mismas metrópolis y finalmente la revaloración tardía experimentada

por los territorios de la Guayana y el Orinoco a través de las nuevas directrices trazadas por las reformas borbónicas.

MIGUEL GARCÍA BUSTAMANTE

Iconografía bogotana

Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada
Carlos Martínez

Bogotá, Banco Popular, Fondo de Promoción de la Cultura, 1988, 302 págs. Mapas e ilustraciones.

Historia de Bogotá

Fundación Misión Colombia, Bogotá, Villegas Editores, 1988, Mapas e ilustraciones, 3 vols.

Como lo señaló alguna vez Hernando Téllez, hasta finales del siglo XIX Bogotá fue más una aldea grande que una ciudad: su vida económica, sus hábitos, su horizonte cultural, debían mucho al entorno sabanero y poco a lo propiamente urbano. Esa transformación de un conglomerado inmerso sin conflictos ni rupturas sustanciales en el medio rural, con sus valores y sus ritmos de vida, en una ciudad que impone su propia marca al medio que la rodea, que subordina y transforma su ambiente, es el tema implícito de buena parte de la Historia de Bogotá, un reciente libro publicado en tres extensos volúmenes por la Fundación Misión Colombia. Los autores, con razones un poco formalistas, sostienen que desde la época colonial ya era Bogotá una ciudad, y esto influye probablemente en su indiferencia radical hacia el mundo de la sabana, hacia los orejones y los hacendados, hacia esa inmensa población flotante que no era ni bogotana ni sabanera, que altera los censos de población y, aunque nacida fuera de Bogotá, viene muchas veces a morir en sus pobres hospitales. Por su parte, el libro *Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada*, de Carlos Martínez, apenas se refiere

a esos años remotos de la colonia, y más que en los cambios sociales y culturales se detiene en los aspectos urbanísticos de la expansión santafereña.

Los trabajos en cuestión representan un sustancial aporte al conocimiento de la historia capitalina, y en ese sentido continúan una tradición que, si no abundante, es al menos memorable. Dentro de la pobreza de los estudios de historia urbana en Colombia, donde apenas vale la pena mencionar alguna obra como la de Luis Orjuela sobre Zipaquirá la de Eduardo Lemaitre sobre Cartagena, Bogotá ha estado mejor librada: las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* de Cordovez Moure y las *Crónicas de Bogotá* de Pedro María Ibáñez, están llenas de imágenes de la historia local y más recientemente, Carlos Arbeláez y el mismo Carlos Martínez han hecho diversos trabajos sobre la historia bogotana, para no hablar de contribuciones menores, como las de Moisés de la Rosa y Daniel Ortega Ricaurte.

Carlos Martínez ha dedicado buena parte de su vida al estudio de la historia bogotana, y publicó hace años sus *Apuntes sobre el Urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*. (Bogotá, 1967) y el libro *Bogotá, Sinopsis sobre su evolución urbana* (Bogotá, 1976), así como una interesante colección de descripciones, *Bogotá, reseñada por cronistas y viajeros y ilustrada*, (Bogotá, s. f.). Todos estos años de trabajo cuidadoso sobre la historia local le han dado un magnífico dominio de los detalles de la historia arquitectónica y urbanística de la capital, sobre todo durante la colonia, lo que encuentra su expresión en su último libro, en el que Martínez ofrece una visión de arquitecto de la evolución bogotana. Sus énfasis están en los aspectos materiales de la vida urbana, la traza de la ciudad, la dis-

⁵ Véase, por ejemplo: G. Mbaye, "La trata negrera en el interior del continente africano", en *La trata negrera del siglo XV al XIX*, Barcelona, Serbal/Unesco, 1986, pág. 186; F. Bowser, *El esclavo africano en el Perú colonial 1524-1650*, México, Siglo XXI, 1977, pág. 17; E. Leuzinger, *África negra*, Barcelona, Seix Barral, 1961, pág. 169.